



ARTE - HISTORIA FILOSOFIA Y LITERATURA EN RELACION CON LA MEDICINA



MEDICINA, TEATRO Y NOVELA

EL MÉDICO ANTE LA IMITACIÓN DE LA VIDA

por

FEDERICO ROMERO

En época todavía reciente, gozaban justa reputación literaria escritores de quienes pocos sabían que eran médicos desertados de su profesión, mientras escaseaban los de reconocida solvencia profesional que descollaran en el campo de la literatura. Muchos de aquéllos ni siquiera llegaron a ejercer la Medicina. No pocos abandonaron el ejercicio apenas comenzado. Algunos adoptaron una actitud amarga o zumbona, según su estilo, frente a la abandonada disciplina.

Entre nosotros queda todavía el ilustre Baroja, de quien no puede asegurarse que pertenezca a los adversarios resentidos o burlescos. Parece traslucirse en sus memorias que se apartó de la Medicina militante por desengaño de su vocación primitiva, y, a través de sus obras, se percibe el fecundo aprovechamiento de su formación científica, adquirida en aquella época de escepticismo «fin du siècle», del que no se ha curado. Era un tiempo en que el médico, en la novela y en el teatro, representaba al hombre progresivo, en pugna con el tópico del oscurantismo religioso.

Pasó tal época y advino la actual. Ahora son pléyade los grandes médicos militantes, en la clínica o en la cátedra, que lucran a la par el título de excelso literato. Sería imprudencia intentar una lista en la que se advertirían omisiones que debemos evitar de propósito. Pero nos causa extrañeza profunda que no abunden los poetas épicos, los novelistas y los dramaturgos entre los grandes clínicos, los cuales nos parecen colocados en posición favorabilísima para lograr extraordinarias, originales y nuevas concepciones en la literatura de aquellos tres géneros y, especialmente, en la novela y en el teatro, conforme descuellan historiadores, filósofos, ensayistas, dejando aparte la buena literatura que sirve de odre al puro espíritu médico de las mejores comunicaciones científicas.

Primero fué la vida; después, la epopeya; luego, el teatro; a lo último, la novela. El cine es sólo un procedimiento, una manifestación expresiva de la epopeya, el teatro y la novela.

La epopeya es un relato de la vida alterado por la interpretación tradicional. El teatro es una imitación de la vida deformada por la limitación del espacio y del tiempo. La novela es una epopeya inventada, aunque sugerida por la observación directa de la vida humana. Para nuestro propósito, epopeya, teatro y novela son obras de una misma especie y de género distinto. El autor ejerce, digámoslo así, funciones de alquitara destilando la vida real a través de su temperamento y de su estilo.

Quienes puedan observar la vida más varia, más intensamente, desde mejor punto de mira y, sobre todo, con más hondura y en sus trances de manifesta-

ción más sincera, llevarán mucha ventaja para la creación literaria que solemos llamar imaginativa con propiedad, porque las más de las veces el autor imagina poco. Adapta, moldea, combina, aclara o hermosea, pero no inventa casi nada fundamental.

Las formaciones intelectuales que favorecen la aptitud creadora de literatura con raíz humana, con personajes en acción, son aquellas tres en que, más o menos, la Humanidad se confiesa: el Sacerdocio, la Abogacía y la Medicina.

El hombre, ante el sacerdote, confiesa premeditada y sinceramente; al abogado, le expone sus circunstancias personales, a veces sometido a un interrogatorio limitado, y, en todo caso, con reservas mentales, a lo menos en cuanto no atañe de modo directo al asunto en palenque; ante el médico, expone sin conciencia de confesión y, naturalmente, sin declarar casi nunca el fondo de los hechos causales, sino los efectos. Pero, en realidad, confiesa.

De los tres confesores, el religioso está excluido del aprovechamiento de sus estudios al oído con el secreto sacramental, freno invencible, por la tiránica repugnancia a quebrantar su obligado sigilo si extrae deducciones, paralelos y hasta antítesis por donde el secreto pueda resultar divulgado siquiera en parte. Se ha dicho de Tirso de Molina, como minoración de la gracia garbosa con que trazó tantos y tantos caracteres de mujer, que el confesionario le deparaba una cátedra de Psicología femenil. En puridad, las féminas contemporáneas de Fray Gabriel Téllez se aplican, en su teatro, a tan ligeros e inocentes episodios, que lo mismo habría podido captarse su psicología en un ronde de encajeras o en una fila de mozas de cántaro junto a una fontana, o en un estrado visitero de los muchos que frecuentaría su paternidad, que era fraile inclsaurado y sociable en extremo. Sus creaciones profundas discurren en el plano histórico, «La prudencia en la mujer»; en el teológico, «El condenado por desconfiado», o en el religioso de los autos sacramentales y marianos.

El abogado aventaja en cantidad de ocasiones al cura de almas, y puede decirse que, para una novelística y un teatro de corto vuelo, su observatorio será el más fecundo en tipos y argumentos anecdóticos. Pero el tipo no es el carácter, y el argumento no importa como el tacto para conducirlo, ni cuenta mucho al lado de la tesis. (El argumento, el tema anecdótico, es lo único que la ley no protege como original y privativo del autor, a juicio de notorias autoridades jurídicas y críticas.) Al socaire de un pleito, poca y endeble poesía se percibe, y si el letrado consigue adentrarse en el alma de su clientela, será por excepción dichosa, que, con idéntica fortuna, puede presentársele a la hora del aperitivo en el bar elegante.

Al médico le sale al paso con frecuencia, en el ejercicio profesional, la presencia del personaje dramático. Entiéndase por personaje a cualquier sujeto apto para suscitar interés acusado en una acción novelesca o escénica.

El enfermo acude a la clínica, o llama a la cabecera de su lecho, en una actitud de preocupación por su vida somática. En ese instante, cualesquiera otras preocupaciones han pasado a segundo término. No está prevenido para contestar a preguntas o inquietudes indirectas que no se refieran expresamente a su padecimiento. Por lo general, en su primer contacto con el clínico no sabe lo que tiene. Su primera sorpresa le salta a la vista cuando el doctor le pregunta si ha hecho tal o cual cosa, si le ha acaecido esto o lo otro, si se ha encontrado en determinada circunstancia a la que había dado escaso valor de trascendencia. Será muy raro que conteste de un modo rotundo, terminante, concreto y breve. Surgirá un relato sincero, en el que comenzará a dibujarse su carácter.

Claro está que una leve afección no dará motivo a un profundo examen psicológico; que queremos referirnos a dolencias en cuya incubación pueda contar por mucho el sufrimiento moral o, todo lo contrario, la despreocupación absoluta de todo prejuicio ético y a aquellas otras que ponen a prueba el alma a fuerza de sufrir el cuerpo.

Al médico que sienta la vocación creacionista en el campo de las letras, no le brotarán en la clínica las comedias o las novelas por espontánea generación; no habrá llegado a captar por completo el carácter de sus enfermos y el profundo sentido de sus reacciones sentimentales, ni se creará autorizado para trasladar a una acción novelesca o dramática el resultado literal de sus observaciones. Y he aquí su ganancia: que, estimulado por lo entrevisto del fondo de tantas almas semejantes o antagónicas, aplicará sus dotes deductivas, sus facultades para relacionar y el juego de su fantasía en una labor creadora. De una masa de tipos, formará un arquetipo; de una combinación de facetas reactivas, extraerá un carácter típico; de una serie inconexa de trances, logrará urdir una acción encaminada a producir la emoción poética o la tesis moral.

Se dice proverbialmente que en la mesa y en el juego se conoce la buena educación. Así es, en efecto. Pero un hombre bien educado no es, ni mucho menos, un ente sincero. También se dice, con no menor certeza, que la educación consiste en el modo de ocultar al puerco que todos llevamos escondido. Ni en la mesa ni en el

juego se puede conocer el fondo del hombre. Pierde el tiempo quien adopte como campo experimental de las reacciones humanas la llamada vida de sociedad, si en ella no penetra como actor del drama mismo. Si se tratara de producir comedias de conversación, retabulillos de anécdotas mundanas, farsas de tipos y episodios hilarantes o cáusticos, no habrá acaso mejor atalaya. Y entiéndase que otro tanto decimos de las novelas de puro entretenimiento para jóvenes impúberes.

El dolor, en cambio, es el gran disolvente de la afectación con que el hombre se conduce andando por la vida. Al fondo del alma de un hombre enfermo se llega fácilmente. El optimismo o el desánimo temperamentales, el caudal de resignación, la capacidad de desinterés, la posición estoica o epicúrea frente a la vida no podrán disimularse al sentir la garra dislacerante del dolor físico y la descarga eléctrica de la preocupación ante la muerte, cuyo galope se percibe en el fondo de un concierto de esperanzas y de garantías probables. Tan incoercible como el «¡ay!» escapado, será la reacción correspondiente a una quiebra moral palpitante. En la escuela del dolor, procuraron cursar los novelistas y los dramaturgos de más consideración universal. A falta de oportunidades frecuentes para estudiar al hombre ante el dolor, acudieron a los hospitales y a las cárceles, donde sabían encontrarlo en ejercicio cotidiano y auténtico.

El conocimiento de la Humanidad en trance de dolor o en ambiente doloroso no obliga a presentar a los hombres en trágica situación permanente, ni fuerza a escribir la novela patológica o el teatro lastimoso de la Humanidad doliente. No es la casuística del dolor, sino la clara transparencia psicológica de esa Humanidad atormentada, el manantial de inspiración para las concepciones novelísticas o dramáticas. Por ello consideramos, a manera de conclusión, que el médico ejerciente—como el sacerdote confesor, en otra escala de conocedores del sufrimiento—atesora en potencia una particular aptitud para la literatura creadora de acciones humanas, para imitar la vida literariamente. Puede faltarles a los no inspirados por esta vocación la capacidad elocutiva o el dominio de las reglas que, por no hallarse fijadas sino en vagos principios, las dicta mejor la intuición que el estudio. Les falta a casi todos, y dígame en su loor, otra aptitud fundamental: la de renunciamiento o descuido de una profesión, amada sobre todas las aficiones, en la que aplican esa envidiable cuanto absorbedora facultad de conservar con sus desvelos, hasta que Dios sea servido de disponer su caducidad, las vidas humanas que Él creó.